

ENTREGA DEL PREMIO NACIONAL DE PAZ. Bogotá, 28 de
octubre de 1999

¡Qué importante y qué oportuna resulta hoy la entrega solemne del Premio Nacional de Paz!

Importante, porque no hay otro propósito que convoque tanto a los colombianos y que merezca de tal manera nuestros esfuerzos, como el logro de la paz. Como dijera San Agustín: *“La paz es tal bien que no se puede desear otro mejor, ni poseer otro más útil”*.

Pero también resulta oportuna nuestra reunión en este tradicional escenario de la nacionalidad que es el Teatro Colón, porque hace sólo cuatro días Colombia protagonizó dos momentos de inmensa trascendencia, que son hoy y serán hacia el futuro verdaderos hitos en la historia de su fortalecimiento como nación.

En efecto, el domingo pasado, -en un acto de simultaneidad que constituye todo un símbolo para nuestras esperanzas-, al tiempo que se instaló la mesa de negociación entre el Estado colombiano y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de

Colombia, en todas las ciudades de nuestro territorio, e incluso en el exterior, millones de colombianos y de amigos de Colombia marcharon con banderas y pañuelos blancos en la más grande manifestación humana que haya contemplado nuestro país, con un solo reclamo en el corazón y las gargantas: ¡Que cese la guerra y podamos vivir en paz!

A este clamor estamos respondiendo con actos concretos, pasando de la retórica de la paz a los hechos de la paz. Para mi gobierno la paz es el más serio de los temas y sé que todos ustedes me acompañan en esta convicción. Hace casi exactamente dos años, el 26 de octubre de 1997, diez millones de colombianos votamos entusiasmados por el Mandato Ciudadano por la Paz, que ordenaba la búsqueda inmediata de una solución negociada al conflicto armado. Veinticuatro meses después puedo afirmar, con satisfacción, que estoy dando cumplimiento a ese mandato expreso del pueblo colombiano y a un compromiso de campaña.

Desde antes de iniciar el periodo presidencial, en mi calidad de presidente electo me reuní con el máximo líder de las FARC en las remotas selvas de nuestro país y acordamos

iniciar un proceso de paz que en ese tiempo no existía y que en el curso de 15 meses ha cobrado una dinámica propia e imparable.

Yo sé que muchos colombianos miran con impaciencia los escollos naturales que surgen en el camino de la paz. Yo sé que todos quisiéramos que el conflicto violento se erradicara de una vez por todas de nuestro territorio, sin más demoras. Yo también lo quiero, más que nadie, pero tenemos que ser conscientes de que un conflicto de la complejidad del que se vive en Colombia, con más de cuatro décadas de duración, no es, desafortunadamente, algo que se pueda resolver en el curso de unos pocos meses.

En el mismo “Compromiso de Caquetania”, firmado entre Manuel Marulanda y el Presidente de Colombia el pasado 2 de mayo, hicimos claridad sobre esta materia al afirmar lo siguiente:

“Queremos llamar la atención del pueblo colombiano y a la comunidad internacional en que la obtención de la paz es el producto del compromiso de todos los colombianos y requiere

del tiempo necesario para sentar las bases sólidas de una paz verdadera y duradera”.

Y ese es el meollo del asunto: Lo que queremos no es una paz espectacular e instantánea que se construya sobre bases frágiles e inciertas, sobre promesas que no se van a cumplir o sobre acciones de guerra que sólo incuban nuevas guerras. Lo que queremos es una paz “**verdadera y duradera**”, la paz que legaremos a las nuevas generaciones como nuestro más importante patrimonio de vida.

Pero no podemos desconocer que hasta la fecha hemos avanzado mucho más en estos quince meses en el proceso con las FARC que lo que se había logrado en 40 años de conflicto. En este tiempo hemos acordado y puesto en práctica una zona de distensión, que se ha convertido en un escenario de diálogo continuo entre la sociedad colombiana – y en él incluyo al gobierno, a los gremios y a los representantes de las fuerzas políticas y de los diversos estamentos de la nación- y la guerrilla.

En este mismo lapso hemos alcanzado lo que en el pasado fue siempre el obstáculo donde terminaban todos los intentos de diálogo: la fijación de una agenda y de un procedimiento a través de los cuales se desarrollarán los diálogos. Y, por último, hace sólo cuatro días, tenemos al fin instalada la mesa de negociación que empezará a desarrollar los temas de la agenda.

¡Si esto no es avanzar, no sé qué puede serlo!

Hoy negociamos porque entendemos que la paz no es una opción, sino un imperativo, y que sólo con medios pacíficos y civilizados se construye un futuro pacífico y civilizado. No existe la paz de los vencidos. Como dijo Víctor Hugo: *“Nada más estúpido que vencer. La verdadera gloria es convencer”*.

El Estado colombiano, sin renunciar a su integridad territorial y a sus instituciones democráticas, sin renunciar al ejercicio de la autoridad ni al imperio de la ley y el orden sobre todo el territorio nacional, tiene que crecer ante el desafío de la paz y demostrar que su vocación inequívoca es el progreso, la libertad y la justicia social.

Porque la guerra sólo genera guerra, la violencia engendra más violencia y el odio incuba nuevos odios: ¡Ahora es el momento! No podemos pensar más en aplicar la ley del talión, del “ojo por ojo”, porque, como decía Gandhi, esto sólo nos llevaría a una humanidad de ciegos. Hoy, ¡este mismo día!, es el momento de comprometernos todos –pero todos los colombianos- en esta empresa de reconciliación y futuro.

El mismo proceso de paz, independientemente del resultado al que todos aspiramos, ha sido un catalizador de energías, que ha posibilitado un entorno menos violento en el país, comparado con años como 1997. El escalamiento de la violencia guerrillera que algunos temían como consecuencia del proceso de paz no se ha presentado, tanto así que el propio Manuel Marulanda afirmó hace unos días que el conflicto interno colombiano no se ha agravado gracias a la política de paz que venimos impulsando.

Estimados amigos y luchadores por la paz de Colombia:

En mis oraciones he pedido al Creador que haga de mí un instrumento de su paz. Pero no soy sólo yo, ni es el Alto Comisionado, ni son los negociadores, ni es el gobierno únicamente. Somos todos los colombianos quienes debemos convertirnos en verdaderos y eficaces instrumentos de paz.

Son los valientes pobladores de Mogotes. Son los 280 postulados al Premio que han demostrado con actos su voluntad de vivir en paz y reconciliación. Son los millones de colombianos que el pasado domingo inundaron las calles con sus banderas blancas en un solo clamor por el cese de la guerra. Son los obreros, los campesinos, las amas de casa, los funcionarios, los estudiantes: Todos los que formamos este núcleo humano que llamamos Colombia y que no podemos permitir -¡no vamos a permitir!- que nuestro querido país se desmorone a causa de la violencia y la intolerancia.

La paz es de todos o de ninguno. Es un esfuerzo gigantesco que sólo puede acometerse cuando se levanta con la fuerza de 38 millones de brazos la bandera de la convivencia pacífica: esa que hoy nos une a todos en un solo propósito y una sola voluntad.

Por eso resulta hoy tan estimulante participar en esta ceremonia en la que medios de comunicación de la importancia de El Colombiano, El Espectador, El Tiempo y Semana, junto con la Fundación Friedrich Ebert de Colombia, han tenido la lúcida idea de premiar a los compatriotas que en todos los rincones del país están comprometidos con su destino, con la paz y con la solidaridad entre los colombianos.

El pueblo soberano de Mogotes, como ellos mismos se llaman con justicia, es un ejemplo patente de cómo los seres humanos podemos, cuando queremos, tomar el destino en nuestras propias manos, sin permitir que los violentos o los corruptos decidan por nosotros. ¡Cuánto tenemos que aprender de estos santandereanos corajudos que con su propia Asamblea Municipal Constituyente han construido un oasis de paz y de progreso comunitario!

Lo mismo podríamos decir de las Comunidades de Paz de Urabá y del Proyecto NASA o Plan de Vida de las Comunidades Indígenas del Norte del Cauca, que han sido también reconocidos por el jurado. Y de todos y cada uno de

los postulantes –fundaciones, líderes, sacerdotes, personas sencillas, instituciones militares, cívicas, filosóficas, etc.-, que con su ejemplo de vida nos demuestran que la paz es acción y no sólo una palabra, y que la paz se construye día a día en nuestro propio entorno y dentro de las posibilidades de cada quien.

La paz no es un proceso que se centra únicamente en las mesas de San Vicente del Caguán o en los conflictos del Sur de Bolívar o del Catatumbo. La paz es nuestra actitud de convivencia y diálogo, nuestro trabajo y nuestra positiva dedicación.

Los ejemplos de Mogotes, de Urabá, de Toribío, nos confirman que la negociación es algo que va más allá del diálogo entre gobierno y guerrilla. La negociación es también ponernos de acuerdo en nuestros propios municipios, con nuestros vecinos, en el interior de nuestras familias, con los compañeros de trabajo. Tenemos que entender, de una vez por todas, que ser diferentes no nos enfrenta, sino que nos enseña.

Paz es la ama de casa que cuida a sus niños y a su familia con amor y les inculca valores humanos. Paz es el conductor que evita el mal genio y colabora en la buena marcha del tráfico. Paz es el trabajador que ama su trabajo y lo hace con alegría, respetando a sus compañeros. Paz es el empresario que le apuesta al país y que con creatividad inicia nuevos negocios y no despide al personal, sino que por el contrario busca medios para proporcionar más empleo. Paz es el que sonríe, el que sueña, el que da, el que es paciente, el que acompaña, el que apoya, el que construye.

La paz la hacemos todos, cada día. No basta con se acallen las armas de los insurgentes. Tenemos que desarmar nuestros corazones y construir juntos el país que queremos.

Los medios de comunicación, que han convocado este premio, tienen también una inmensa responsabilidad social. ¡Qué bueno verlos estimulando a los colombianos positivos, como lo hacen hoy! ¡Qué buena labor hicieron al invitarnos a todos a la Gran Marcha del pasado domingo! ¡Qué bueno cuando podemos leer suplementos como el que publicó El

Tiempo hace dos semanas, exaltando el ejemplo de muchos colombianos “rabiosamente optimistas”!

No se imaginan cuánto se avanza con gestos como estos. En Colombia conviven millones y millones de compatriotas pacíficos, en medio de un puñado de sembradores de violencia. Pero si sólo vemos el punto negro en la página blanca, nunca vamos a creer en nosotros mismos. Por eso la responsabilidad de los medios es tan grande, y son tan importantes actos como éste que nos congrega.

Pero hoy no sólo se está premiando a quienes nos acompañan físicamente en este recinto, sino que también estamos haciendo un reconocimiento muy especial y muy sentido a dos compañeros que cayeron bajo el fuego de la intolerancia: Jaime Garzón y Jesús Bejarano.

¡Qué fácil y qué cobarde que es empuñar un arma y matar a los hombres de paz! Así la humanidad ha perdido a sus integrantes más puros y valiosos. Así perdimos a Jesucristo, a Gandhi, a Martin Luther King, a Isaac Rabin. Así perdimos en nuestro país a Luis Carlos Galán y a Alvaro Gómez, para

citar solamente a dos de los líderes más representativos de nuestra nacionalidad. Así nos arrebataron a Jaime y a Chucho.

Pero los violentos jamás triunfarán: Por cada risa, por cada inteligencia, por cada luchador de la paz que nos asesinen se levantarán miles más a tomar sus banderas, como un río interminable de esperanza. Hoy todos decimos con el corazón: ¡NO MÁS!

Queridos amigos:

Santiago, Laura, e incluso Valentina desde su inocente mundo infantil, me miran a los ojos y me interrogan por el futuro, ¡por su futuro!, y esa pregunta es: “¿Qué estás haciendo por la paz de nuestro país?”. Y yo les respondo –a ellos y a Colombia- desde el fondo de mi corazón, con tres palabras simples pero sinceras: “TODO LO POSIBLE”.

Asimismo, también sus hijos –los hijos de Colombia- los están interrogando cada día, cada minuto de su existencia. Y

nuestra respuesta unánime debe ser siempre: “Todo lo posible”.

No sólo nos juzgarán las futuras generaciones de colombianos, sino también la misma comunidad internacional que mira con interés el proceso que estamos desarrollando y que nos apoya con respeto.

Como dijo Pacho Santos en sus palabras emocionadas ante los millares de manifestantes por la paz que se congregaron en el Parque Simón Bolívar, el domingo pasado Colombia entera venció la indiferencia y la apatía y ya nunca más será la misma. Hemos cruzado el *“punto de no retorno”* y sólo nos queda un camino y un propósito irreversibles: Avanzar hacia la paz.

Yo convoco a todos los colombianos, sin excepción alguna, más que como gobernante, como otro compatriota al que le duele Colombia, a esta gran cruzada de paz, cuyo resultado depende de nuestro trabajo, de nuestra fe y de nuestra persistencia.

Como coreaban los caminantes del domingo: ¡Colombia
unida jamás será vencida!

Unidos podemos: ¡Ahora es el momento!

¡Y que Dios nos bendiga!

Muchas gracias.